

Carta de Argentina

Apoco más de un año del triunfo de Carlos Ménem en las elecciones presidenciales argentinas, parece haberse apoderado de los ambientes políticos e intelectuales del país una extraña mezcla de agobio, perplejidad y temor al debate. El agobio se funda, inevitablemente, en la sensación del *déjà vu*: también otras veces los candidatos triunfantes hicieron, desde el Gobierno, exactamente lo contrario de lo propuesto en la campaña electoral (aunque quizá nunca antes con la audacia de Ménem). La perplejidad, que incluye para muchos una dura crisis de identidad, pasa también por comprender y asimilar correctamente lo que ocurre en otras partes del mundo, sobre todo en Europa del Este.

Más grave es el temor al debate, que en la Argentina suele ocultarse o disimularse con gestos retóricos, con campañas en los medios masivos o con acusaciones y reproches mutuos entre los diversos grupos (tanto en política como en cultura). Mientras estos dardos envenenados cruzan el espacio, los interrogantes más profundos se omiten o, en todo caso, se postergan. ¿Por qué la decadencia y la crisis? ¿Por qué los políticos no pueden cumplir lo que prometen? ¿Cuáles son las fronteras entre el sueño y la realidad? ¿Por qué la pretensión de la «Argentina Potencia» es sólo la máscara del fracaso y la impotencia?

Podemos aceptar, aunque no justificar, a los políticos cuando eluden el debate de fondo y lo sustituyen con peleas de taberna. Dentro de todo, defienden sus posiciones, protegen sus frustraciones pasadas o futuras, y se preparan para las próximas elecciones. Ellos no son los depositarios del saber y de la ideología, ni siquiera de los saberes o ideologías con minúscula. Pero cuando es la clase in-

telectual la que adopta esta actitud general de escamoteo y silencio, cuando son nuestros escritores, nuestros pensadores, nuestros artistas los que prefieren recluirse en la propia (y ya no de marfil) torre y desentenderse de la sociedad y el mundo que los rodea, ya hay más motivos de preocupación. Y es esto lo que hoy pasa en la Argentina; muy pocos diarios, muy pocas revistas, muy pocos suplementos culturales, muy pocos espacios públicos donde debatir en serio y —por lo que se advierte— aún menos ganas para crear esos espacios y sostenerlos contra viento y marea.

Cualquier iniciativa que tienda a quebrar esta superficie desértica es encomiable, y por eso vale la pena comentar la reciente edición, por parte de la Fundación Roberto Noble (un subproducto de la empresa que edita el diario *Clarín*, el de mayor tirada del país y del mundo hispanohablante), de un volumen sobre narrativa argentina* que recoge las principales ponencias y discusiones de un encuentro de escritores y críticos realizado en Buenos Aires en 1988. Pese al tiempo transcurrido desde la realización física del encuentro, lo que allí se trató y ahora aparece editado tiene suficiente actualidad e interés para ser examinado, incluso desde la más franca divergencia acerca de sus conclusiones.

Nada hay que reprochar al planteo del problema de la narrativa y a los objetivos proclamados de este encuentro de escritores. Para los organizadores de la reunión, «la narrativa, novelas, cuentos, relatos, es considerada una zona de la literatura que cubre ciertas necesidades del consumo de historias por el público». También se afirma que «el fin de este género ha sido pronosticado repetidas veces desde la ciencia-ficción o las teorías anticipatorias... La sustitución del consumo de ficciones escritas por el consumo de ficción en imágenes (TV y cine) es un fenómeno evidente desde hace décadas...» Y por fin la pretensión del encuentro se caracteriza así: «La actividad que aquí nos proponemos se orienta a reflexionar sobre los procesos arriba mencionados desde la particular situación de nuestro país, tratando de establecer ciertas tendencias en la producción y el consumo dentro de la narrativa contemporánea, señalando líneas comunes, ideas rectoras y preocupaciones formales similares».

Está muy bien para empezar. Pero rápidamente vamos a comprobar, leyendo este interesante volumen, cómo una

* Narrativa argentina. 1er. Encuentro de Escritores Dr. Roberto Noble. Fundación Dr. Roberto Noble, Buenos Aires, 1990. Compilación de María R. del Coto y Liliana Lukin.

discusión tan inteligentemente planteada, también puede convertirse en una manera elegante, erudita y más bien escamoteadora de alejarse del fondo de la cuestión.

Cabría una observación inicial sobre los elegidos para participar en el encuentro. Fueron invitados los narradores Carlos Aparicio, Mirta Botta, Abelardo Castillo, Sergio Chejfec, Juan Forn, Elvio Gandolfo, Liliana Heer, Liliana Heker, Héctor Libertella, Tomás Eloy Martínez, Juan Carlos Martini, Juan Carlos Martini Real, Ana María Shua, Alicia Steimberg, Susana Szwarc, Héctor Tizón y Hebe Uhart, y los críticos Luis Chitarroni, Aníbal Ford, Eduardo Grüner, Ricardo Kunis, Carlos Dámaso Martínez, Tununa Mercado, Gloria Pampillo, Enrique Pezzoni, Nicolás Rosa, Beatriz Sarlo, Noemí Ulla y Jorge Warley. Obviamente en esta mezcla hay narradores-críticos y críticos-narradores. Adhirieron al encuentro pero no pudieron estar presentes Luis Gusman, Josefina Ludmer y Ricardo Piglia.

La lista de invitados marca claramente las líneas hegemónicas de esta reunión y de la crítica literaria que se practica y publica hoy en la Argentina. Figuran aquí, en forma dominante, los seguidores más o menos puntuales del posestructuralismo francés, los cuestionadores de la función mimética de la narrativa, los antipolíticos y antirrealistas y, en general, quienes niegan a la literatura todo nexo (ya no sólo directo) con la realidad política y social. Casi todas las ponencias de cierto peso teórico (Chitarroni, Grüner, Pezzoni, Rosa, Libertella) pertenecen a estas orientaciones. Discursos críticos diferentes, como los de Sarlo y Ford, parecen débiles frente a la línea «mayor», así como las declaraciones de algunos «escritores-escritores» (Castillo, Heker y Tizón) oscilan entre el sentido común y la perplejidad.

Por supuesto, no todas las omisiones de la lista son deliberadas. Quizá por razones generacionales han sido excluidos narradores como Sábato, Bioy Casares, Denevi y (más inexplicablemente) David Viñas. Los dos mejores narradores argentinos vivos —Manuel Puig y Juan José Saer— viven desde hace años en el exterior y tampoco pudieron participar.

Otras ausencias parecen menos fortuitas. Se echa de menos la opinión de narradores como Jorge Asís, Osvaldo Soriano, Enrique Belgrano Rawson, Cecilia Absatz, Angélica Gorodischer y Juan José Hernández, sin que tampoco esta enumeración sea exhaustiva. Hubiera sido igualmente significativo consultar a críticos como Noé Jitrik, Graciela Maturo, Jorge Rivera, Eduardo Romano, Josefina Delgado o Jorge Lafforgue.

Nunca estará todo dicho sobre listas, omisiones e inclusiones. Lo que ilustra mejor las ideas que prevalecieron en el encuentro son las preguntas que fueron sometidas a todos los participantes. Aparte de las interrogaciones sobre «proyectos literarios», «programas», la existencia o no de la vanguardia, las relaciones entre nueva narrativa y nueva crítica, el papel de relatos y mitos «fundantes», se formulan preguntas como las dos que siguen: «¿Cuáles cree que son las relaciones de intertextualidad (y de intratextualidad) que funcionan en sus textos?» Y: «¿Qué límites, expansiones, transformaciones, cree que hay en los textos que hoy llamamos novelas o cuentos?»

Así inducidos, varios de los narradores participantes reaccionan con cierta agresividad, y el debate se vuelve a situar en el punto cero. Hebe Uhart dice: «Acá es otra moda interesante, vivimos en modas y todo eso, pero sigo sosteniendo que la literatura tiene que ver con los contenidos, tiene que ver con algo a contar, lo que se escribe tiene que ver con lo que uno vive». Ana María Shua añade: «Me molesta un poco la cuestión de la bajada de línea en relación con la literatura. Yo pienso que la literatura no tiene ninguna obligación de nada...» Y Héctor Tizón es definitivo: «En tanto escritor, yo no hablo ni discuro sobre mi obra. No lo sabría hacer, por pudor, por cansancio y por ignorancia. Tal vez otros lo puedan hacer. No yo. No me he interesado nunca del proyecto literario, ni del programa. Escribo a partir de la memoria, de la experiencia y de las manos».

La artillería que disparan los críticos (la mayoría de ellos) es bien distinta. En diez líneas, Eduardo Grüner puede citar a sus maestros y al sentido de sus enseñanzas. Todas pertenecen a un mismo idioma: el francés; Foucault, Lévi Strauss, Barthes, Lyotard, Baudrillard, Derrida, Deleuze, Kristeva. Antes el propio Grüner ha dicho: «...la literatura es un discurso sin sujeto, y que por lo tanto las nociones de autor, de vanguardia, de proyecto, son nociones ideológicas, tributarias del unitario sujeto cartesiano, cuando no de las ilusiones del progreso».

Después de que en todo el encuentro se marque la separación de escritores (narradores en este caso) y críticos, de que las respectivas respuestas indiquen devastadoramente que los escritores no entienden a los críticos y que los críticos entienden demasiado bien (o creen entender) a los escritores, de que se llegue a la conclusión esperada de que la crítica ya carece de toda función mediadora con el lector, Beatriz Sarlo no puede menos que afirmar: «La crítica